

Para que florezcan cien flores, hay que combatir la maleza contrainsurgente¹

Néstor Kohan

Escribir sobre Fernando Martínez Heredia (1939-2017), su obra, su pensamiento, su actividad revolucionaria, no resulta sencillo. Más bien constituye un enorme desafío.

Porque Fernando fue, entre muchas otras cosas, la antítesis de ese “hombre unidimensional” que desmenuzó Herbert Marcuse. Sus intereses, sus escritos, sus actividades, sus relaciones políticas y personales son múltiples, diversas, casi inconmensurables. Fernando no fue un “especialista”. Creo que a su figura se aplica aquella expresión empleada por Wright Mills para describir al sociólogo Thorstein Veblen. Fernando fue un “anti-especialista profesional”. Encarnó la antigua figura totalizante del “maestro”, característica en Nuestra América de la Reforma Universitaria de Deodoro Roca, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Raúl Roa, etc., pero conjugada al mismo tiempo con el tipo de militante orgánico que preconizaba Lenin.

Producto de esa amalgama y esa no habitual fusión, logró tejer una vida personal y una actividad política, ambas, inseparables de los avatares, aventuras y desventuras de la revolución cubana en el seno de la cual desplegó sus mejores logros y sus brillos indelebiles. Esto vale tanto para su actividad de investigación, docencia y escritura, así como también para toda la gama de tareas que asumió a partir de su vinculación orgánica con el Movimiento 26 de julio, luego con el nuevo comunismo cubano fundado en 1965 y por supuesto con el Departamento América (uno de sus pulmones centrales). Diversas instancias políticas que fue organizando la revolución cubana a lo largo de su historia.

Aunque se acercara, sin proponérselo, al estilo de aquellos viejos “maestros” que proliferaron en Nuestra América durante la primera mitad del siglo XX, Fernando Martínez fue además un militante de partido. No

¹ Texto elaborado a modo de prólogo a una futura antología sobre la obra de Fernando Martínez Heredia a publicarse en La Habana, Cuba, por parte de la editorial Ciencias Sociales, 2025.

constituye, por lo tanto, un intelectual francotirador y *free lance*. Quizás si hubiera vivido en otra sociedad, donde el pueblo no hubiera triunfado y las clases dominantes y dirigentes construyeran la reproducción cotidiana de su hegemonía como algo “natural y normal”, entonces tal vez hubiera debido ejercer una tarea contra corriente, casi artesanal, sacrificada y abnegada, pero inevitablemente aislada y marginal. Algo no muy diferente al universo que habitualmente deben afrontar quienes sobreviven en sociedades capitalistas donde la vida cultural y el conjunto social están subordinados a la dictadura (algunas veces muda y velada, otras veces estridente y escandalosa) del capital y el mercado.

Pero Fernando tuvo “la suerte” de vivir otra realidad. En su país triunfó una revolución socialista de liberación nacional que impregnó desde la “a” hasta la “z” su entera vida adulta. Por lo tanto, todo, absolutamente todo, se trastocó. Incluyendo los estudios de filosofía, la actividad militante en el campo de la cultura que tanto le apasionaba, la pedagogía popular e institucional, el mundo editorial, la relación entre el campo político y el campo intelectual (cuya especialidad consiste en trabajar sobre las formaciones ideológicas y la construcción y recreación cotidiana de la hegemonía). En ese horizonte, Fernando asumió desde muy joven hasta su último día la posición, los ademanes y las tareas de un militante intelectual en la revolución. Es decir, no un intelectual que abandona su trabajo específico para opinar de política sino más bien todo lo contrario. Un militante político revolucionario cuya tarea consiste en intervenir desde el campo cultural e intelectual.

Uno de los más brillantes y radicales pensadores que produjo ese terremoto triunfante a comienzos de 1959. Ese fue y ese es, desde nuestro punto de vista, Fernando Martínez Heredia.

La revolución cubana logró articular y unificar diversas tendencias del movimiento popular y el pensamiento revolucionario. Fernando pertenecía a la izquierda más radical, dentro de ese arco multicolor que los enemigos de la revolución han pretendido homogeneizar a la fuerza, como si su tonalidad fuera el gris triste de la burocracia y la obediencia ciega, cuando en realidad, ha sido y es una revolución verde por fuera, roja por dentro. Combinatoria de colores que logró mantener unidas a lo largo de más de medio siglo diversas expresiones del mundo cultural y político, muchas veces en tensión y al mismo tiempo, siempre en unidad.

Profundamente fidelista y guevarista, junto a Armando Hart Dávalos, Roberto Fernández Retamar y mucha otra gente a ellos vinculada, Fernando se adelantó varias décadas a reflexiones que luego la academia estadounidense puso “de moda” apelando a un repertorio abigarrado de neologismos, convencionalmente agrupados bajo el rótulo de los estudios “poscoloniales” y “decoloniales”. Sólo que Fernando jamás concedió tributo, pagó peajes ni realizó concesión alguna a cambio de un viaje de lujo y alta

gama, una beca o un succulento subsidio, una pasantía académica, un doctorado, o cualquiera de las instancias habituales mediante las cuales las instituciones contrainsurgentes de dominación ideológica ejercen presión, influencia y construyen su hegemonía arrastrando y condicionando (a veces incluso cooptando) a distintas fracciones del mundo intelectual. Esto se puede corroborar examinando sus objetos de estudio, su estilo de escritura, sus vínculos orgánicos con los movimientos insurgentes y revolucionarios, así como también reflexionando sobre las decisiones personales que adoptó para difundir sus trabajos e intervenciones culturales. No resulta azaroso ni casual que los grandes sellos editoriales, monopólicos, nunca le publicaran uno solo de sus numerosos libros. Las ONGs seudo progresistas, tuteladas por el imperialismo, jamás lo adoptaron como “pupilo”, porque él, sencillamente, las rechazó y jamás se dejó enmarañar por los métodos ya trillados pero no por eso menos operantes de la contrainsurgencia “soft”.

Y no estamos pensando sólo en las editoriales abiertamente derechistas y las ONGs financiadas por la contrainsurgencia. Incluso Fernando elaboró la voz “Guevarismo” para un diccionario histórico-crítico de marxismo (supuestamente “de izquierda”), editado en Alemania, que igualmente.... se negó a publicarle su texto. Mantener la coherencia ética y política a rajatabla tiene sus costos en el mundo cultural. Fernando lo tuvo siempre en claro. Hasta el final. Por eso lo consideramos y lo vamos a considerar siempre nuestro compañero. Así de simple.

La distancia enorme que Fernando logró sacarle, en la maratón de los estudios sociales, a aquellas escuelas hoy a la moda, de matriz inicialmente anglosajón, puede contrastarse por ejemplo en el texto programático sobre el fascismo y el colonialismo. Excelente decisión incluirlo en esta antología. Allí condensa una relectura del siglo XX, de sus conflictos bélicos, de la emergencia de las extremas derechas (como el fascismo y el nazismo fundacionales), mientras identifica el nervio central que estructura el sistema neocolonialista del capitalismo en su fase imperialista, conjugando las enseñanzas de Fanon, Césaire, el Che y la Segunda Declaración de La Habana. Más allá y más acá de David Harvey y otras firmas hoy a la moda, Fernando arriesga allí una definición conceptual de largo aliento: “el neocolonialismo es la forma madura de la expansión mundial capitalista”. Por lo tanto, no quedó recluido en “la niñez” de la modernidad del capitalismo occidental ni tampoco se limita a las primeras operaciones de acumulación originaria del capital. No, por el contrario, constituye una “forma madura”, reproducida sistemáticamente, en la medida en que se profundiza la expansión mundial (en extensión y en profundidad) del capital y su crisis multidimensional.

También puede rastrearse esa originalidad de pensamiento en el trabajo “Anticapitalismo y problemas de la hegemonía”. Allí sintetiza una conclusión general de su reflexión teórica que constituye, al mismo tiempo,

el punto de partida para superar gran parte de los dilemas que atraviesan y neutralizan las oposiciones al régimen capitalista contemporáneo: “La victoria del capitalismo ha residido hasta ahora en lograr absorber los movimientos y las ideas de rebeldía dentro de su corriente principal”. Una formulación aparentemente simple y concisa que sin embargo explicita y desmonta con lucidez gran parte de las falacias y lugares comunes posmodernos que celebran y exaltan la impotencia popular, confundiendo diversidad con fragmentación y respeto a las diferencias con ausencia de un proyecto de poder anticapitalista y antiimperialista.

¿Cuál ha sido el presupuesto general de toda la producción teórico-política de Fernando? Difícil poder aislar y reducir la enorme amplitud de su enorme arco de intereses a una sola y exclusiva variable o indicador. No obstante, resulta altamente probable que la siguiente formulación condense gran parte del repertorio metodológico que Fernando utilizó para desarrollar su pensamiento: el marxismo constituye una teoría de la historia que, a su vez, tiene historia. Por lo tanto, no es un “sistema” cerrado sino un universo abierto. Conclusión político-epistemológica no menor a la hora de estudiar la obra de Fernando, dentro de una constelación mayor a la cual pertenece, la del marxismo latinoamericano.

Dentro de ese universo abierto, Fernando dirigió su interés prioritario hacia la galaxia plural pero claramente identificable de la izquierda del movimiento revolucionario mundial. Le interesó siempre la heterodoxia (de allí su interés por Guiteras, Gramsci, Mariátegui, el Che, etc.), pero una heterodoxia que no persiguió nunca obtener el carnet de “buena conducta” del *mainstream* académico o los discursos a la moda. Jamás se sintió atraído por la figura cómoda, oportunista y acomodaticia del “disidente” (palabrita mágica que abre automáticamente puertas, inaugura cuentas y depósitos bancarios, consigue sin dificultad viajes caros, etc.). Su heterodoxia se expresó siempre dentro del campo revolucionario. “La verdadera heterodoxia se ejerce desde dentro de la Revolución”, solía reiterar con insistencia y entusiasmo, una y otra vez.

El objetivo central de toda su obra apuntó siempre a la revolución. El marxismo es, en sus escritos, el instrumento, la concepción del mundo y de la vida, la metodología y la filosofía de la praxis de la revolución. Jamás un fin en sí mismo. Los procesos revolucionarios no se hacen para “verificar” las hipótesis de Marx. Es precisamente al revés. Una lectura culta, informada, sumamente erudita de Marx debe ponerse a tono con las diversas tareas que va generando a lo largo de su historia la revolución. Invertir los términos de esta ecuación (algo que sucede cuando se pretende convertir al marxismo en “sujeto” determinante y a la revolución en “predicado” derivado y condicionado) conduce habitualmente hacia la caída por una pendiente resbaladiza de la cual difícilmente pueda escaparse quien pretenda dejar

atrás el dogmatismo, las frases hechas, las consignas vacías, la doble moral, el doble discurso.

En su perspectiva hermenéutica, esa prioridad de la praxis revolucionaria por sobre las formulaciones especulativas es lo que le permitió a la revolución cubana recrearse una y otra vez, eludiendo la telaraña suicida del estancamiento, la fosilización del pensamiento crítico y la falta de credibilidad en el campo popular. “Cambiar todo lo que deba ser cambiado”, fue la forma en que Fidel lo sintetizó en su momento.

La revolución cubana nunca fue lineal, porque la lucha de clases, la lucha antiimperialista y el horizonte anticapitalista tampoco lo son. Eso explica que desde 1953-1959 hasta hoy la revolución cubana haya atravesado por distintas fases, procesos, oleadas, tendencias, no siempre convergentes. Sus protagonistas vivenciaron épocas de relativa “normalidad” y hubo muchos momentos, más de uno, de altísima tensión y no poca angustia. Fernando jamás perdió la brújula a lo largo de la extensa serie de instancias que fueron modelando los contornos del proceso revolucionario cubano. No se dejó llevar por su ombligo, es decir, por el fetiche de su “obra” como suele pasar en muchos escritores y pensadores que sobrevaloran su suerte personal por sobre los procesos sociales históricos y colectivos. Como sus “obras” constituyen habitualmente la vía privilegiada a través de las cuales los intelectuales interactúan con el mundo político y social, suelen atribuirle poderes sobredimensionados. Si logran cierto reconocimiento y prestigio para sus personalidades singulares, a partir de allí, evalúan que “todo marcha viento en popa”. Si en cambio, por diversas razones, no logran o se les niega dicho reconocimiento, entonces se tropiezan con una mirada y una sensibilidad catastrofista, preludio muchas veces de deserciones, traiciones y cambios de bando en medio de la lucha. Eso le sucedió incluso a algunos de los amigos más cercanos de Fernando Martínez Heredia. No fue su caso.

Consciente de semejante desafío, Fernando reflexionó larga y serenamente sobre ese tipo de dilemas. E incluso analizó hacia atrás, en el pasado, los pormenores de muchos intelectuales críticos y heterodoxos frente a los poderes de turno. Por ejemplo, la obra del pensador György Lukács. Las presiones que recibió por sus posiciones juveniles radicales, sus numerosas polémicas, sus variadas defensas, sus autocríticas forzadas, etc.

En el caso específico de la vida de Martínez Heredia, a pesar de que no siempre gozó de la misma suerte y visibilidad, Fernando mantuvo una coherencia a prueba de turbulencias, tormentas, huracanes y tempestades. Quizás por eso, sin desconocer los vaivenes ni eludir las referencias críticas a los momentos de altibajos, vivió intensamente y atravesó con dignidad todos los períodos de la revolución cubana. Nunca se dejó tentar por las manzanas envenenadas que pretendían transformar su heterodoxia en una disidencia contrarrevolucionaria (manzana que sí mordieron algunos

amigos y compañeros suyos con los cuales él mismo, con no poco dolor y angustia, se vio obligado a polemizar públicamente).

En cada uno de los autores visitados por Fernando, reaparece la misma preocupación por “expandir el mundo de lo posible”. Su acercamiento a Lenin, a Gramsci, a Fidel o al Che, elude la cita repetida, la glosa carente de contenido, la fórmula disecada, la consigna oportunista y de ocasión para simplemente legitimar “lo que conviene” en cada coyuntura.

Fernando, además, se fijaba sobremanera en los detalles. De Marx podía resaltar su atención focalizada en el folletín popular, como síntoma de una sensibilidad (no siempre observada por sus biógrafos ni por la “marxología” convencional) hacia el mundo cultural de las clases explotadas, dominadas y subalternas. Sobre Lenin podía alertar, una y otra vez, desmontando la falacia de su supuesta condena del hermano asesinado por el zar debido a su utilización de métodos clandestinos y el ejercicio de la violencia revolucionaria. De Gramsci subrayaba su inteligente y más que sutil lectura de la religión popular, completamente ajena y distante del anticlericalismo burgués-liberal, disfrazado bajo la manta encubridora de lo que décadas atrás solía denominarse el “ateísmo científico”. De Fidel nunca se cansó de destacar y reivindicar su voluntad inquebrantable por volver actual y contemporáneo el mensaje de José Martí. Del Che, exploró al límite de la obsesión sus críticas a las relaciones sociales mercantiles y las diversas formas históricas que asume la alienación. Y la lista de esta enumeración podría extenderse al infinito. Por ejemplo, ante un guerrillero anónimo que se entrenaba y preparaba para futuras insurgencias en la Cuba de los años '60, Fernando recordaba repetidamente su interés por socializar en formato de cómics la historia de su pueblo. En cada uno de estos ejemplos puede detectarse “el espíritu” con que Fernando se apropiaba e intentaba fundamentar, socializándola, la tradición revolucionaria; siempre alejado de hagiografías inofensivas, rutinas de manual y lugares comunes aburridos, inodoros, incoloros, insípidos.

¿Acaso el marxismo “cayó en descrédito” en sectores juveniles del pueblo cubano? Pues entonces hay que revitalizarlo, no abandonarlo, solía insistir. Y para ello hay que dejar en el baúl de los recuerdos las pedagogías de las definiciones abstractas, ahistóricas, metafísicas, completamente ajenas a la vida cotidiana del mundo popular cubano. No resulta fortuito ni anecdótico su interés por estar siempre vinculado y rodeado de gente joven. Esa era su gran apuesta. No vivir de la nostalgia de “los buenos tiempos que se han ido y ya no volverán”, sino pensar en las rebeldías y revoluciones del futuro y enamorar a la juventud para la causa de la emancipación de los y las humildes. La causa más noble de la humanidad, según la caracterizara el Che Guevara.

Buenos Aires, 19 de septiembre de 2025